

no lo pierdas todo! lograrás el del Cielo. Y sí Casano no te quiere reconocer por su hijo, lograrás el ser hijo de Dios." Dijo, y tomando un vaso de agua le bautizó; y al punto, ¡ó maravilla! lo mismo fué correrle por la cabeza las aguas del Santo Bautismo que, mirándolo todos ir quedando el niño tan hermoso, tan agraciado y tan bello como un Angel, levantóse el clamor del regocijo en los unos; y enmudeció á los otros el pasmo y la admiracion. Y Casano, corrido de lo que había juzgado, no solo restituyó con mucha honra la Reina á su Palacio, sino que él con grande parte de su Reyno se hizo Cristiano. Ves aquí, pues, patente una vez á los ojos lo que siempre sucede en nuestras almas cuando recibimos las aguas del Santo Bautismo, cuando conseguimos la infinita dicha de ser Cristianos. Nacimos con la fealdad suma é infinita del pecado, denegridos y feos como esclavos del demonio, y por ésto estamos condenados á arder en las eternas llamas. Llega el Bautismo, recibimos sus aguas, ¿y qué nos sucede? Que al punto recibimos la infinita hermosura de la gracia, que no solo nos libramos de las llamas á que estamos condenados, sino que el Rey del Cielo nos adopta y nos reconoce ya por hijos suyos. ¡Oh, Jesus de mi vida! ¿cómo te agradecemos este tan infinito beneficio? ¿cómo te correspondemos á esta infinita gracia con que dejando á tantos, á nosotros nos escogiste para ser Cristianos? A hacerlo nada te movió, sino tu amor, ¿pues dónde está nuestro amor para corresponderlo? A tí, aunque yo no fuera Cristiano, nada te faltaria de tu infinita gloria: á mí, si yo no fuera Cristiano, toda tu gloria me faltara, todo el infierno me esperara. Pues si tú me diste el ser Cristiano, para que así consiguie-

ra tu gracia, ¿por qué no he de procurar yo ser Cristiano de modo que llegue á lograr los infinitos bienes de tu gloria?

PLATICA IV.

DE LA DIGNIDAD Y OBLIGACIONES DEL CRISTIANO.

Abril 27 de 1690.

AL paso que sube la dignidad, crece la obligacion: cargo y carga, en una letra sola se distinguen en nuestra lengua; y en Latin, *honus*, que quiere decir honra, letra y media no más lo distingue de *onus*, que quiere decir peso. Está, pues, junta la dignidad y la honra con el peso, con la obligacion y con la carga. Así, pues, como la dignidad de ser Cristiano es la mayor y la más sublime que puede haber en la tierra, así sus obligaciones son las más apretadas y las más estrechas. De una y otra he de hablar ahora, travando la pregunta pasada con la que hoy se nos sigue del Catecismo. Vimos ya tres razones, por las cuales decimos, *Soy Cristiano por la gracia de mi Señor Jesucristo*. Hoy, para explicar aquella palabra, *por la gracia*, nos resta la cuarta razon, y ésta se toma de la dignidad: Acostumbran los Reyes y Emperadores, los Prelados y Obispos en sus Edictos, Provisiones y Cédulas, empezarlas así: *Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, etc. Don Francisco de Aguiar, y*

Ceyjas, por la gracia de Dios y de la Santa Silla Apostólica, Arzobispo de México, etc. Y con aquella palabra, *por la gracia de Dios*, dán á entender que una honra tan sublime, como tener la Corona de España; que una Dignidad tan soberana, como una Mitra, fué un especialísimo favor, una muy singular gracia que Dios les quiso hacer; porque aunque todo cuanto somos y cuanto tenemos, es por favor y gracia de Dios; esta reluce mas, y se ostenta en dar un puesto el más levantado, una Dignidad tan soberana al que pudiera haberle dejado muy olvidado y abatido. Así, pues, con mucha más razon decimos, *Soy Cristiano por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*, pues esta Dignidad es la mayor de todas cuantas puede haber en la criatura: *Nemo major, nisi Christianus.* (Tert. lib. de Præs Hæret. 3.) decia Tertuliano. Busque títulos la vanidad; invente renombres la soberbia; mienta adjetivos la adulacion: al uno llamaban Asiático, porque sujetó al Asia; al otro Africano, porque ganó la Africa. A este Magno, á aquel Augusto. Todo es mentira, dice Tertuliano: ninguno es mayor, sino el que es cristiano. ¿Saben cuánto más? Lo que vá de ganar al Africa á ganar el Cielo: lo que vá de una Corona y un Reino de la tierra que con la muerte, á mas tardar, se ha de acabar, á ganar una Corona y un reino que será eterno. Pues eso es ser Cristiano, ser Rey para la eternidad: *Fecisti nos Deo nostro Regem: et regnavimus* (Apoc. 5.) Mi Padre San Pedro nos decia á todos los Cristianos, juntando en una ambas dignidades: *Vos autem genus electum, regale sacerdotium.* Vosotros sois linage escogido, Sacerdocio Real. San Luis Rey de Francia nació y fué bautizado en una casa de placer, llamada Poysi; y des-

pues no tenia más delicias que irse á esta Quinta con mucha frecuencia, y solia decir que allí le habia hecho Dios el mayor beneficio y la mayor dignidad que habia recibido en la tierra. Oyéndolo un privado suyo, le dijo: ¿Pues dónde deja V. Magestad la Ciudad de Rems, donde fué ungido y coronado Rey de Francia? Andad, replicó, en Rems recibí la Corona de Francia que presto dejaré con la vida; pero en Poysi recibí con el Bautismo la Carona del Cielo, más gloriosa que todas las coronas del mundo. Y por ésto mismo en muchos Despachos suyos se firmaba *Luis de Poysi*, apreciando más aquella memoria que los apellidos da su real Sangre, que todos los señoríos de su Corona. Así estimaba aquel Rey Santo el ser Cristiano.

¿Mas qué mucho que así lo estimara, si aun los Angeles, si fueran capaces de ella, nos tuvieran envidia cuando nos ven gozar y recibir el verdadero Cuerpo y Sangre de nuestro Dios, deshaciéndose ellos en ardientes deseos, en amorosas ansias, por gozar lo que nosotros recibimos en el Santísimo Sacramento, con tan poca disposicion y tanta tibieza? Pues esta es nuestra dignidad, que llega á lo que no alcanzan los Angeles. Y lo que es más, ¿puede ser dignidad mayor, más suprema, más soberana, que la de ser Madre de Dios en María Santísima? Pues oigan á San Agustin: *Felicioior fuit María recipiendo Fidem Christi, quám concipiendo carnem Christi.* Más feliz, más dichosa fué María en recibir la Fé de Cristo, que en concebir en sus entrañas la carne de Cristo. Más dichosa fué María Santísima en ser Cristiana, que en ser Madre de Dios. ¡Oh, si yo pudiera detenerme en ésta ponderacion! ¿Y habrá con esto

quien en todas sus acciones no se glorié, no se precie de ser Cristiano? ¿Habrà quien haciendo un pecado mortal, por parecer hombre de bien, se avergüence de parecer Cristiano en lo ajustado de sus costumbres? ¿Habrà muger, que por parecer hermosa, decidora, ó discreta, quiera no parecer Cristiana? ¡Oh, Dios! Que todas cuantas honras puede haber en el mundo, en solo ésta se contienen todas y se cifran. El Emperador Carlos V., estando en treguas con Francisco I., escribióle no sé qué Despacho, en que iban escritos los títulos de sus señorío, esos que todos sabemos: *Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de Navarra, de Sicilia, de Cerdeña, etc.* Leyólo el Rey Francisco, é impaciente, no sé si diga que envidioso, puso en su respuesta: *Francisco, Rey de Francia, Rey de Francia, Rey de Francia;* y fuelo repitiendo tantas veces quantos allí habia títulos, hasta que concluyó con el último: *Rey de Francia, que solo esto vale más que todos los Imperios.* ¡Y qué engañado lo pensó! mejor lo discurria en ser Cristiano su revisabuelo San Luis; y mejor lo pensó aquel otro Santo Diácono, que se llamaba Santo, y mostró bien el serlo cuando persiguiendo la cristiandad Antonio Vero, llamado delante del tirano le preguntan: ¿quién eres?—Cristiano—¿Cómo te llamas?—Cristiano,—¿Cuál es tu ejercicio?—Cristiano.—No le pudieron sacar otra palabra entre los tormentos, las *catastas* y *garruchas*, hasta que ya al espirar, entre los últimos alientos, dijo: No os canséis que nada soy, sino Cristiano, Cristiano, Cristiano. ¡Oh, ser soberano! ¡Oh, ser el más glorioso que hay debajo del Cielo! No le dan tantos tormentos al que porque no le digan *mochó*, se avergüenza de parecer cristiano. Pues esta es la ma-

yor honra, la mayor dignidad que se puede conseguir en la tierra. Y por eso muchos de aquellos primitivos Cristianos, escribe Procopio, (*Procop. in c. 44 Isaiae*) traen en las manos grabado y escrito el nombre de Cristo, ó para tenerlo siempre en la memoria, ó para mostrarlo siempre en las obras, ó para mostrar á todos que eran Cristianos.

Pero pregunto yo ahora: ¿Quién de los que estamos aquí es Cristiano? ¡Oh, qué pregunta! No, no se me ofendan, que yo bien sé lo que todos me responderán á mí; pero para que cada uno vea lo que ha de responder á Dios en su Tribunal, veamos cuáles son las obligaciones que debe cumplir el que ha de decir con verdad que es cristiano: ¿*Qué quiere decir cristiano?* Responde el catecismo: *Hombre que tiene la Fé de Cristo, que profesó en el santo Bautismo.* Bien en breve lo dijo; pero aun juzgara yo que sobran la mitad de estas palabras, porque con decir: Cristiano es el que tiene y profesa la Fé de Cristo, ¿no bastaba? Parece que sí; porque en eso nos distinguimos de los Herejes y de los Gentiles, que aquellos no tienen la Fé de Cristo. ¿Para qué añade aquellas palabras, *Qué profesó en el santo Bautismo?* ¿Saben para qué? Para que no solo advirtamos cuánta es nuestra dignidad, sino tambien cuánta es nuestra obligacion. Llevan á bautizar á un niño, ó á un adulto; y ¿cuál es la primera pregunta? Dígaslas todas en romance: ¿Qué pides á la Iglesia? Y responde: La Fé—Pues la Fé, ¿qué te ha de dár?—La vida eterna.—Pues si quieres con la Fé entrar en esa vida eterna, has de guardar los Mandamientos.—Soy contento—Pues recibe la Fé de los Celestiales Preceptos, y has de ser tal en tus costumbres, que puedas ser templo de Dios. Pasan luego á las

Oraciones, y Ceremonias Santas de la Iglesia, y vuelven otra vez á preguntar: ¿Renuncias á Satanás?—Lo renuncio. (Cristianos, atención á estas respuestas, que nos las están oyendo los Angeles, y han de ser testigos delante de Dios de lo que respondemos y de cómo cumplimos aquello á que nos obligamos)—¿Renuncias todas sus obras?—Las renuncio.—Hecha esta tan solemne renunciación, bautizan á la criatura. ¿Y luego? Le ponen una vestidura blanca, diciéndole estas palabras: Recibe esta vestidura blanca, y mira que la has de llevar sin mancha al Tribunal de Cristo. Pónenle en las manos una candela encendida, y le dicen: Toma esta candela, y con cuya luz veas cómo has de conservar inviolable la gracia del Bautismo; cómo has de guardar los Divinos Mandamientos, para que cuando el Señor venga á juzgarte, te halle con la luz encendida, para que puedas entrar con él á las bodas de la vida eterna. Esta es, pues, la Fé de Cristo que profesamos en el bautismo. Pregunto ahora, hombre; pregunto ahora, muger: ¿tiénes esta Fé que profesaste en el Bautismo? Profesaste allí recibir la Fé de los Celestiales Preceptos y de cumplir los Divinos Mandamientos. ¿Lo cumplís? Profesásteis vivir con tan puras costumbres, que pudierais ser templo aseado y limpio, en que Dios habite. ¿La cumplís? Profesásteis renunciar al demonio, renunciásteis todas sus obras, renunciásteis todas sus pompas. ¿Lo cumplís? Profesásteis el uniros á Cristo para nunca apartaros de él, ni divorciaros de su gracia. ¿Estais ahora unidos con Cristo? Profesásteis de guardar aquella vestidura del alma, blanca, pura, y sin mancha de pecado mortal. ¿Tiéne ahora estas manchas esa vuestra vestidura? Profesás-

teis en fin, de guardar siempre aquella luz encendida de la Fé, para atender y guardar los Divinos Preceptos, y conservaros en la gracia: ¡Oh! ¿cómo está ahora esa luz? ¿cómo está? ¡Oh, obligaciones del Cristiano! Yá, pues, esta es la Fé de Cristo que profesásteis en el Bautismo.

Y si Cristiano es aquel que tiene la Fé de Cristo que profesó en el Santo Bautismo, vuelvo otra vez á preguntar: ¿Sois Cristianos? Mirad bien lo que respondeis; porque os tiene prevenido, no ménos que el Evangelista San Juan, un muy claro mentís que estrellaros en la cara: *Qui dicit se nosse Deum, et mandata, ejus non custodit, mendax est* (Joan Ep. 1. c. 2.) El que dice que conoce á Dios y no guarda sus Mandamientos, miente, miente.—Padre, yo muy malo soy, ya lo veo; pero creo firmemente en Dios y en todos sus soberanos Misterios.—Eso mismo hacen los demonios, dice el Apóstol Santiago. (Jacob Ep. cap. 2.) Los demonios tambien creen: *Et demones credunt*.—Sí; pero yo tengo en el alma la Fé sobre natural, é infusa en el Bautismo.—Bien; pero mostradme esa Fé en las obras. No hay buenas obras. ¿Pues sabéis cómo está vuestra Fé? Aguardad: ¿no habeis visto muchas veces un enfermo de una terrible apoplejía? ¿Cómo está? como un tronco, como un muerto. ¿Fulano? ¿ha, fulano? no oye. Decidle: levantad el brazo, apretadme la mano, y no puede. Si le dán recias ligaduras, no siente. ¡Válgate Dios! ¿Este hombre está vivo? Sí; ¿pero en qué se distingue de un muerto? El alma absor-ta y sin entender; los sentidos suspensos y sin ejercicio; el cuerpo todo yerto, pálido y sin el menor movimiento: ¿en qué se distingue de un muerto? Segun lo presente, en nada. Tal no puede

éste mover un brazo como no lo puede mover un cadáver; tan sordo está, tan ciego y mudo, como está sordo, ciego y mudo el que ya está muerto; y solo se distingue en que si escapa de este mal tan terrible, podrá después ejercitar las funciones de la vida que ahora no ejercita. Pues así está tu Fé, Cristiano, que en pecado mortal no haces una sola obra meritoria: así está tu Fé, Fé con apoplejía, Fé, que no se mueve, Fé como muerta: *Fides sine operibus mortua est*, dice Santiago. ¿Pues de qué te servirá haber tenido de ese modo la Fé? De que sean tus pecados más graves que los de los Gentiles; de que seas tú peor que un idólatra: *Omnibus pejus vivunt mali Christiani*, dijo San Agustín: *et talibus plena est Ecclesia* (D. Ag. in *Psalm. 30.*) y de que sea tu condenación más terrible, y de que sean en el infierno tus tormentos, con innumerables excesos, más crueles que los que allí padecerán los que nunca conocieron á Dios. Así se lo dijo al Gran Macario una calabera que le habló en el desierto. (*Spec. Exempl. vers Infernus, exempl. 3.*) Ya, pues, si tienes la Fé muerta sin hacer ninguna obra buena; si tienes perdida la caridad, que es la vida del alma; si tienes perdida la gracia, que te hacía hijo de Dios; y si todas las virtudes tienes perdidas con tantos pecados mortales, ¿te atreverás todavía á decir que eres Cristiano?

Pues antes que lo digas, oye un ejemplo que hará estremecer corazones de bronce. No es menos que el Doctor Máximo, y Padre de las Escrituras San Gerónimo, (Sanct. Hier. *Ep. 22. Eustoch. cap. 13.*) el que lo refiere, y lo refiere de sí mismo; y así lo diré con sus palabras mismas con que lo cuenta á la Virgen, Eustoquio: "Años há,

le dice, que habiendo dejado á Roma, á mi casa, padres, parientes y amigos, por buscar el Cielo, me retiré á Jerusalem á macerar mi cuerpo en continuos ayunos, por los convites con que antes habia atendido á su regalo. Pero habiendo dejado por Dios todo, solo mis libros no tuve ánimo, ni corazón para dejarlos. Era en mi soledad el leer á Cicerón el saynete de mis ayunos, y cuando después de largas vigiliás, en que con amargas lágrimas de mi corazón procuraba lavar mis pasadas culpas, para aliviar algun rato, leyendo á Cicerón me divertia; de aquí vino que cuando pasaba á leer en las Divinas Escrituras, aquel estilo tan lleno como verdadero, tan sincero como puro, me ponía tedio, me daba en rostro. ¡Miserable de mí! que echaba ya al Sol la que no era culpa, sino de mis ojos. Cuando hé aquí que con un tabardillo á pocos días, estando ya á la muerte, de repente arrebatado mi espíritu me hallé delante de un Tribunal tan cercado de resplandores y magestad, que ni á levantar los ojos me atrevia. ¿Quién eres? me preguntó aquel Juez Soberano, y yo temblando todo respondí: Señor, yo soy Cristiano.—Mientes, me replicó con una voz terrible, tú no eres Cristiano, sino Ciceroniano.—Y al punto mandando á sus Ministros que me azotasen, empezaron á descargar sobre mis espaldas terribles azotes: y siendo tales, me atormentaban más los azotes de mi propia conciencia, y clamaba: Señor, ten misericordia de mí. Estas voces se oían entre los golpes de los azotes que no cesaban. Hasta que postrados ante el Tribunal aquellos mismos Ministros me recabaron el perdón, con palabra que dí de no leer más aquellos libros. Testigos son de que no fué sueño aquel Tribunal tan terrible, los cardenales y las

llagas que quedaron en mis espaldas” Fieles, si á un San Gerónimo, habiendo dejado el mundo, habiéndose metido en una soledad, ayunando los dias, velando y llorando sus culpas las noches, solo porque disgustaba de las Divinas Escrituras por leer á Cicerón, le niegan el nombre de Cristiano, y con azotes tan terribles le castigan: ¿qué esperas tú, y que espero yo con tantas culpas? ¿Qué hemos de responder cuando al arrancársenos el alma nos hallemos en aquel tremendo Tribunal? Hombre, ¿eres Cristiano? ¿Eres Cristiana, muger? Allá pensad esta pregunta. ¡Oh, y lo seamos en las costumbres, como lo somos en la dignidad! ¡Oh, y lo seamos en la vida, como lo somos en la Fé! ¡Oh, y lo seamos en los buenos ejemplos, como lo somos en la profesion! No nos avergoncemos de parecerlo, pues de serlo con tanta razon nos preciamos. Démosle la gloria á Dios con ser y parecer Cristianos; pues Dios con ser Cristianos nos dá la gracia, para que podamos conseguir la gloria.

PLATICA V.

DEL CAMINO QUE NOS ENSEÑO LA SEÑAL DE LA SANTA CRUZ.

Mayo, 4 dia de la Ascension del Señor, año de 1690.

Nos cayó la Cruz en su dia; quiero decir, la explicacion de la señal de la Santa Cruz, que es la que nos sigue hoy á explicar en el dia de la As-

cencion gloriosa de nuestro Redentor, que celebramos.—¿Pues qué el dia de la Ascencion, que todo es de regocijos y de glorias, es el dia propio de la Cruz, que todo fué amarguras y penas?—Digo que sí; y antes de satisfacer á esto que me proponen, quiero responder á lo que me callan, que en la explicacion de la Doctrina es menester adivinarle á cada uno los pensamientos. Yá, pues más de dos estatarán contra mí pensando que no es esto lo que se sigue á explicar, porque habiendo explicado quién es Cristiano, y las obligaciones del Cristiano, la pregunta que luego se sigue en el Catecismo es: *¿Quién es Cristo?* Luego esto es lo que hoy se debiera explicar.—Respondo que esta pregunta con las otras cuatro ó cinco que se le siguen, pertenecen al Soberano Misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. Y teniendo este Misterio su principalísimo lugar en el Credo, déjenme ahora en depósito esas preguntas, que como buen pagador, sin que sea menester que me ejecuten, pagaré á su tiempo; y no será muy dilatado el plazo, pues digo que pagaré dentro de un Credo. Y ahora muy á atempo prosigue preguntándonos así el Catecismo: *¿Cuál es la insignia y señal del Cristiano?* Y responde: *La Santa Cruz.* ¿La santa Cruz es nuestra señal? ¿Pues quién nos la dió? ¿quién nos la puso? ¿quién hizo esa señal nuestra?—¿Saben quién? El mismo Jesucristo, y no en otra ocasion, dicen gravísimos Doctores, sino en el dia de su Ascencion gloriosa á los Cielos. Miren si dije bien que el dia de la Ascencion era el dia propio de la señal de la Cruz. Juntos, pues, tal dia, como hoy, con María Santísima los Apóstoles y Discípulos, y aquellas devotas y santas mugeres, en el Monte Olivete, á donde nuestro Re-